

EL PROBLEMA DEL HAMBRE

CAUSAS Y REGIONES DEL HAMBRE EN EL MUNDO*

ÁNGEL BASSOLS BATALLA*

Durante el año de 1974 afloraron a la luz pública con violencia las terribles consecuencias de la desnutrición y el hambre que sufren en forma crónica centenares de millones de seres que pueblan el planeta. Los despachos de prensa son a cual más reveladores de una situación trágica y terrible: "Un millón de personas morirá de hambre en la India y Bangladesh antes de marzo de 1975", "Persiste la seria escasez de alimentos en Bangladesh, India y tres países occidentales africanos, mientras que situaciones similares se anticipan en otros 12 países de América Central, Asia y Africa", "Cien millones de latinoamericanos sufren desnutrición aguda". ¿Cuáles son las causas principales del hambre en el mundo actual? ¿Qué porcentaje de la población del planeta sufre de desnutrición y hambre crónica y en qué regiones es más apremiante la situación? ¿Puede haber soluciones inmediatas y a largo plazo para este gravísimo problema? A estas preguntas trataremos de responder en el presente comentario, aun a sabiendas de que los temas son muy complejos y requerirían análisis amplios, que en otra ocasión intentaremos.

* Investigador titular del IIEC.

1.—El fenómeno del hambre no es nuevo ni mucho menos de reciente aparición, pues toda sociedad dividida en clases antagónicas ha contado para perpetuarse con la explotación de unos grupos por otros. Esta desigualdad en la obtención de los beneficios permitió la concentración de grandes ganancias en manos de las clases poderosas, de tal manera que en las diversas formaciones históricas hubo siempre una ostensible opresión de los desposeídos, fueran éstos esclavos, siervos o vasallos. Por lo tanto, desde las más antiguas civilizaciones se presentó una situación de evidentes contrastes entre las condiciones de vida de los dueños de tierras, haciendas y personas, respecto a las de aquellos dedicados exclusivamente a laborar con sus manos en campos y talleres, a transportar las mercancías, recibiendo por ello míseras retribuciones, muchas veces consistentes sólo en una exigua alimentación y una vivienda precaria. Aunque la evolución histórica condujo a la humanidad a nuevos regímenes de producción y distribución de la riqueza, ni el feudalismo ni el capitalismo en su etapa inicial cambiaron radicalmente la situación, pues si bien los esclavos se convirtieron en siervos y éstos en proletarios, sus niveles de vida fueron mejorando muy lentamente y a una forma de explotación se sucedió otra, no menos cruel e injusta. En resumen, dentro de cada país que vivió —en el Viejo Mundo— a través de esas etapas, se observó una clara distinción *social*, de clases opuestas, unas que vivieron siempre en la miseria más absoluta y otras en la abundancia de bienes materiales. Habría que recordar las hambrunas de la Edad Media y las terribles consecuencias del hambre en la vieja China, que segaron millones de vidas humanas. Esta situación se continuó dentro del sistema capitalista contemporáneo, que cargó todo su «progreso» sobre las espaldas del proletario del campo y la ciudad, cuyo esfuerzo engrandeció a las naciones de Europa Occidental, más tarde a los Estados Unidos y al Japón hasta convertirlos en los grandes países industriales de la actualidad. Se creó una división interior del trabajo, tanto por clases sociales como por regiones, pues se fueron estructurando zonas urbanas privilegiadas, en tanto las rurales se convertían en apéndices de aquéllas, dentro de espacios geográficos en mayor o menor medida «humanizados», transformados por el hombre.

La conquista y explotación colonial de Asia, Africa y América, significaron para estos continentes la introducción de una nueva etapa, caracterizada por su sometimiento total a la metrópoli, que convirtió al actual Tercer mundo en fuente segura de materias primas baratas para la gran industria y para el abastecimiento de las ciu-

dades con aquellos alimentos que no se producían en los países avanzados económicamente y al mismo tiempo las colonias se transformaron en vastos mercados para los productos elaborados en los centros de poder. En los continentes africano y asiático los colonialistas conservaron en buena medida la estructura precapitalista de la economía y la vida social, introduciendo por la fuerza sólo los elementos capitalistas indispensables para poder desarrollar *exclusivamente* las ramas productoras de materias primas o de aisladas industrias que por la mano de obra barata y abundante era más provechoso fundar en aislados puntos de esos territorios expoliados. En vez de elevar la capacidad productiva de las naciones afroasiáticas —que ya de por sí sufrían las consecuencias de una división en clases sociales, causa hasta entonces principal de una clara desigualdad en los niveles de vida— el largo dominio colonial empobreció aún más a esos países y desorganizó la economía existente, impidiendo toda posibilidad de desarrollo moderno, tanto en la agricultura como desde luego en la industria manufacturera básica. El caso de la India (que en la época británica abarcaba también Pakistán, Ceilán, Bangladesh y Birmania) es el más claro y convincente, pues el saqueo fue escandaloso y las consecuencias de la dominación inglesa fueron tales que sumieron a las grandes masas indias en la más espantosa miseria y además desarticularon toda la economía nacional y regional, fortalecieron el poder de los feudales, conservaron y consolidaron la estratificación en castas, atizaron —en fin— el odio religioso, racial y lingüístico, propiciando al final la absurda partición del «Imperio indio» en varios estados, independientes y enemigos entre sí. No fue menos perjudicial la política de «divide y reinarás» que llevaron a cabo las clases dominantes inglesas, francesas, belgas y holandesas en Africa, Indonesia y el Medio Oriente, donde para afianzar su sistema de explotación trazaron límites políticos absurdos entre sus posesiones, preservaron la estructura en tribus y clanes, impidieron el progreso social y perpetuaron la ignorancia, la insalubridad y la miseria. En América Latina —como bien lo saben los lectores— se padecieron trescientos años de dominación colonial y después la preservación de viejas estructuras liquidó las posibilidades de un desarrollo capitalista en gran escala, a semejanza de aquel que se produjo en las metrópolis. Primero Europa y más tarde los monopolios de Estados Unidos, instauraron mecanismos que aseguraran la dependencia y de esta forma América Latina, al igual que Asia y Africa, sufre ya por siglos de los tres factores primordiales que causan el hambre en la época actual: la división tajante en clases

sociales, el atraso interno y la situación de dominio extranjero y monopolístico sobre los puntos claves de su economía.

Es conveniente insistir en los efectos negativos que el dominio colonial y el subsecuente subdesarrollo han tenido sobre todas las esferas de la vida de las sociedades del Tercer mundo, pues resulta indudable que para enfrentar con éxito el problema del hambre debería disponerse de instrumentos técnicos, científicos, económicos y organizativos básicos. Pero si la dominación colonial ha dejado como consecuencia una situación angustiosa de pobreza, ignorancia y desorganización de los productores ¿cómo pensar en que todas las medidas indispensables, por otro lado perfectamente sensatas y útiles, se puedan llevar de inmediato a la práctica? ¿Qué pueden hacer los países africanos para resolver sus terribles problemas alimenticios si no están en posibilidad de conocer y aprovechar con eficiencia sus recursos agropecuarios, por falta principalmente de capital para invertir en el acondicionamiento de nuevas superficies de cultivo o de áreas dedicadas a pastizales, donde se disponga de agua suficiente, se combatan las plagas y las enfermedades endémicas del ganado? ¿Cómo pensar en erradicar el hambre en la zona árida africana, si los Estados ahí existentes no cuentan con ferrocarriles o carreteras para movilizar la producción, ni con puertos para recibir directamente la eventual ayuda del exterior, ni de silos o bodegas para almacenar los alimentos y cuando esas sociedades anquilosadas padecen el dominio interno de los intermediarios, prestamistas, agiotistas y toda la gama de parásitos que VIVEN DEL HAMBRE ajena y al mismo tiempo están a merced de los monopolios extranjeros que distorsionan la economía y la sujetan a una injusta división internacional del trabajo? Muchos países asiáticos y latinoamericanos se encuentran en situación similar y en algunos casos, peor aún, como sucede en las regiones del sur y sureste de Asia, Indonesia y Afganistán.

Además de las causas de índole histórica y de la división en clases, hay dos factores importantes que es necesario tomar siempre en cuenta al hablar de problemas del hambre en el mundo actual. Estos son, por un lado, los obstáculos o resistencias que ofrece la naturaleza y por otro, la irregular distribución de los habitantes en el globo y el crecimiento de la población. Es obvio que, ocupando los países del Tercer mundo vastas extensiones áridas, tropicales y montañosas, las sequías de los últimos años, los devastadores efectos de las lluvias monzónicas, las heladas, etcétera, han afectado los limitados planes de expansión agrícola, producido pérdidas de cosechas y originado la muerte de millones de cabezas de ganado, con lo cual

se agrava la ya crónica desnutrición y el hambre se acentúa en múltiples regiones. Han sido particularmente afectados por la sequía los países del Sahel (al sur del desierto del Sahara, desde Senegal hasta Etiopía), de Europa del Sur, América Central y la India-Pakistán, en tanto que Bangladesh, el sureste asiático y el oriente de la propia India están sujetos también a periódicas y súbitas inundaciones de otoño. En estos territorios habitan muchos millones de personas, concentradas básicamente en los grandes valles agrícolas y en ciudades congestionadas y miserables. La tasa de crecimiento de la población oscila en esas naciones entre el 2.0 y el 3.1 por ciento anual. No consideramos al número total o al aumento de la población como causas del hambre, sino como elementos que *complican* la situación en un sistema social que no puede asegurar el empleo y la alimentación para todos. También se ha mencionado como causa de empeoramiento de las condiciones en los países más pobres el creciente encarecimiento del petróleo, que trae como consecuencia un más alto precio de los fertilizantes, indispensables para incrementar rendimientos agrícolas por hectárea. Pero el problema es más complicado y básicamente, repetimos, debe referirse al fondo de la cuestión: la extrema pobreza del campesinado, la falta de obras de riego y control de los ríos, la erosión de los suelos, la práctica de técnicas atrasadas, la concentración en pocas manos de la riqueza producto del trabajo humano, o sea en suma la *estructura* de las sociedades en Asia, Africa y América Latina.

2.—Según datos del *World Bank Atlas*, publicado en 1972, el total de la población mundial a principios de esa década ascendía a unos 3 500 millones de personas (en 1975 llega ya a 4 000 millones), de los cuales 1 900 vivían en Asia, 600 en Europa y la URSS, 350 en Africa, 310 en América del Norte, 190 en Sudamérica y 136 en Indonesia, Australia y Oceanía. Para calcular el número aproximado de habitantes sujetos a problemas de alimentación y muchos de los cuales viven en condiciones de hambre crónica y grave desnutrición, habría en primer lugar que separar el total de seres humanos que integran el Tercer mundo (sin incluir a China y los demás países socialistas con bajos niveles de vida), el cual en 1970 sumaba cerca de 1 730 millones. Suponiendo que en Africa las clases sociales con ingresos suficientes para alimentarse convenientemente abarcan el 5% de la población: en Asia, Indonesia y Oceanía (excepto Australia y Nueva Zelanda) el 10 y en América Latina el 15 por ciento, se obtendría en conjunto la cifra de 1 550 millones de personas que sufren en mayor o menor medida de problemas de

nutrición en los continentes explotados (incluyendo los países petroleros, donde existe similar proporción de proletarios, pues los enormes ingresos por concepto de venta del combustible van a parar a manos de los dirigentes de mentalidad feudal). A esta elevadísima cifra deberían agregarse unos 90 millones de personas pobres en la Europa no socialista (incluyendo Turquía asiática), 20 millones en Canadá, Japón, Australia, Nueva Zelanda e Israel, además de cuando menos 15 millones de norteamericanos (hoy aumentados por el desempleo y la discriminación de las minorías), que son considerados por el Departamento de Agricultura de Estados Unidos como «pobres» y víctimas del hambre, “cuyos resultados son, a la larga, los mismos” que los sufridos por sus similares en los países subdesarrollados. En resumen, más de 1 600 millones de pobladores del planeta, en países del sistema capitalista, pueden estimarse como mal alimentados, desnutridos o francamente hambrientos. Nuestro cálculo podría parecer exagerado y hasta arbitrario, pero coincide sorprendentemente con lo expresado en un estudio del Prof. George Borgstrom, de la Universidad de Michigan: “Por supuesto, del 10 al 15 por ciento del mundo adolece de una falta de calorías o está desnutrido. Pero un número inmensamente mayor, quizás 1 500 millones de personas, sufren por causas de la malnutrición. El problema número uno en el mundo es la escasez de proteínas. Son también comunes otras deficiencias relacionadas con la escasez de grasas, de minerales (calcio, yodo, etcétera) y vitaminas. a medida que se amplía el problema del hambre se acentúan, cada vez más, estas y otras deficiencias dietéticas”.

Ahora bien, existen diversos niveles de pobreza y hambre. A escala mundial, el grupo de “los de hasta abajo” lo constituyen los llamados “países más necesitados” (PMN), que comprenden 32 estados, 8 de ellos asiáticos, 4 latinoamericanos (Haití, Honduras, Guyana y El Salvador, aunque convendría incluir a Bolivia y algunos otros) y el resto africanos. En total los PMN tienen unos 850 millones de habitantes, en los cuales “millones de personas están al borde de la muerte por falta de alimentos” ¡Vaya panorama de tragedia, que abarca a buena parte de la humanidad! Frente a esta realidad dolorosa subsisten las “sociedades de consumo”, el “capitalismo del desperdicio” que analiza Kozlik.

3.—Las soluciones al problema del hambre pueden ser parciales o completas, a corto y largo plazo. Las primeras consistirían —teóricamente— en utilizar todas las superficies susceptibles de producir alimentos y de usarlas bien; aprovechar racionalmente los pastos

e incrementar la pesca; combatir la erosión de los suelos; regar correctamente las tierras áridas, descubriendo los recursos acuáticos del subsuelo; evitar las inundaciones mediante la construcción de grandes obras hidráulicas y someter los terrenos agrícolas a “una constante regulación, ejercida por el hombre, la sociedad y el Estado”, es decir a “una regulación vinculada a las cuantiosas y siempre crecientes inversiones básicas”, como dice el académico K. Petrowski. Se debiera aumentar la ayuda internacional a los países pobres, formar reservas nacionales y considerar “a la agricultura del mundo en términos de su totalidad”, según lo pedía el Director de la FAO Addeke Boerma. Pero valdría la pena preguntarnos si esto puede lograrse bajo el capitalismo, un régimen basado en la obtención de los mayores beneficios y en la ganancia que dan los precios altos. Un «orden» bajo el cual el Tercer mundo sigue empobreciéndose, donde las anquilosadas estructuras impiden el mejoramiento de la agricultura, que está sujeta a dependencia respecto al exterior y maniatada por sistemas caducos.

En lugar de revivir las añejas seudoteorías de Thomas Malthus, los países del Tercer mundo deben recordar que para resolver definitivamente el problema del hambre es necesario romper la situación de dependencia y alcanzar su verdadera liberación económica respecto al mundo desarrollado. Sólo mediante la realización de profundos cambios sociales en el seno de cada nación, abarcando desde la propiedad de la tierra hasta la distribución y venta de los productos, podrá aspirarse a liquidar las actuales condiciones de miseria y atraso. Sin duda habrá que dedicar a la agricultura y la ganadería una parte preponderante de las inversiones, al mismo tiempo que se implante un nuevo patrón del empleo y la distribución de ingresos, aumentando así el poder adquisitivo de las grandes masas proletarias. Al unísono cuando ocurra lo anterior, podrán llevarse a la práctica grandes programas de desarrollo regional en las áreas rurales, industrializando el campo, dominando cada vez mejor a una naturaleza hostil y difícil. En la actual situación de interdependencia, el mundo libre de la desnutrición y el hambre sólo podrá alcanzarse cuando todos los pueblos sean dueños de sus propios destinos.